

fico, el discurso teológico, que no constituye una excepción, parte siempre del evangelio vivo para retornar al mismo.

Además de presentarse como Teología, el libro se nos presenta como una *Teología moral*. El adjetivo apunta, sin duda al obrar del cristiano, en las motivaciones que lo apoyan, en los criterios de evaluación y de opción sobre los que se funda, en los fines que lo orientan, en los recursos existenciales de fe, donde bebe sus energías. Es cierto que toda teología, aun la dogmática, implica siempre un discurso sobre «Dios para nosotros y con nosotros». La implicación «dogmático-moral» es cada vez más evidente, tanto si se atiende a los contenidos, como a las fuentes y el método. «Toda dogmática reclama una ética», como ha escrito R. Mehl, puesto que una verdad eterna no es verdad sino a condición de que nos permita responder a las cuestiones concretísimas de nuestra existencia actual, como observa Paul Tillich. De ahí deduce obviamente nuestro autor el vínculo íntimo que debe establecerse entre la teoría y la praxis, entre la Dogmática y la Moral. Si se ha de hacer una distinción, podría formularse diciendo que la Moral se distingue de la Dogmática por sus «miras y finalidades que son prácticas, o bien por su perspectiva, que debe esclarecer y motivar la praxis» (p. 13).

El libro se presenta en fin como una *Teología Moral Fundamental*. En un sentido esto significa que se trata de dilucidar los rasgos esenciales del obrar cristiano considerado en sus finalidades específicas, sus fuentes, sus valores, sus motivaciones, las energías que habitan en el cristiano y lo configuran. Pero en otro sentido, hablar de Teología Moral Fundamental es hablar del fundamento de la moral, es decir, del principio supremo en torno al cual o a partir del cual se ordena el conjunto de los valores del comportamiento cristiano. El autor considera que para marcar los grandes ejes de una Moral Fundamental podría escogerse cuatro grupos de categorías: a) las categorías de la vida teologal: la racionalidad humana y la fe cristiana; las esperanzas humanas y la esperanza cristiana; la justicia terrestre y la caridad cristiana; b) las categorías de la vida sacramental con especial insistencia en la existencia pascual bautismal y en la reconciliación cristiana en los conflictos de la existencia (eucaristía); c) la categoría de la conciencia, especialmente la responsabilidad, la autonomía y la teonomía del juicio de conciencia; d) las categorías de una teología de la Alianza, con especial referencia a la ley moral y al alcance de la salvación y la liberación.

Desde estas perspectivas fundamentales, la obra de René Simon aborda una serie de problemas que están siendo especialmente debatidos en nuestros días en los terrenos de la Teología Moral.

El primer problema sería el de las reducciones ateas de la moral cristiana, con especial énfasis en el sistema marxista y el sistema freudiano, que llevan a la moral cristiana e interrogarse seriamente sobre sus fundamentos, así como sobre las modalidades de su funcionamiento.

El segundo problema se refiere a la pregunta sobre la naturaleza y carácter específico de la ética cristiana, es decir sobre el obrar cristiano, por una parte, y sobre la reflexión teológica que elabora su estatuto y su estructura, por otra. La respuesta a esta cuestión se sitúa en la consideración del designio unitario de Dios, Creador y Redentor en Jesucristo, subrayando la necesidad de un concepto sintético de salvación. El autor se apoya explícitamente en la concepción unitaria elaborada por K. Rahner para sacar de ella sus consecuencias éticas: que la actividad terrestre del hombre, en su misma autonomía y secularidad, constituye para el hombre